

# *Sin azúcar. Una mujer occidental en Marruecos.*

Mireia Estrada Gelabert

Editorial Cuatro Lunas, 2024

(Versión original en catalán *Sense sucre*. Ara llibres. 2022).

<https://editorialcuatrolunas.com/libros/no-ficcion/sin-azucar/>



Ilustración de @VanesaRovira

## Fragmento del Capítulo EL PUEBLO INFINITO

Los momentos más emotivos y perdurables con tu madre Jadiya tuvieron lugar allí. En el pueblo, mui Jadiya era feliz. Todos los días venían a verla primos, primas, sobrinos y sobrinas. Tenía a los hermanos cerca, y la casa (dos habitaciones largas: una para los hombres, la otra para las mujeres y los niños), era el punto de encuentro. Cuando se iban las últimas visitas, después de una charla distendida en intimidad, os poníais de acuerdo para instalar las «camas». Las tareas se repartían espontáneamente: agarrar la escoba de mano de palma y barrer migas, granitos de sémola y cáscaras de nuez; desplegar las mantas y ponerlas una encima de la otra, calculando el espacio de cada cual: mui Jadiya y Amina sobre el sofá, el resto repartidos por el suelo.

Las noches en el duar son recuerdos de «campamentos» en familia: tu hijo pequeño, Karim, despertándose porque no recuerda dónde está; mui Jadiya que quiere ir al baño, que está en el patio, y hay que acompañarla; Amina roncando escandalosamente, y tú y Rita riendo por no llorar; el gallo cantando en horas intempestivas y los animales del establo contigo en pleno festín de

coces y carreras, nerviosos por algo que solo saben ellos. Noches entretenidas y con pocas horas de sueño.

A primera hora os levantáis los mayores. Cuesta despertar a los niños, y los dejáis dormir, pero a menudo, antes de que todos se hayan levantado y volváis a tener la habitación decente para empezar a recibir de nuevo, ya han venido las primeras visitas y ya os ha caído alguna invitación para desayunar. A veces os llega cuando ya estáis servidos y, a regañadientes, vais a por el segundo desayuno, siempre espléndido, calórico y riquísimo.

A menudo te cuesta asimilar este ritmo impuesto de horarios, horas de sueño y número de comidas. Sufres los tiempos muertos; el no saber qué haréis; el esperar que te digan si tienes que ir a un lado o a otro, a dar un pésame, celebrar un nacimiento o saludar a la prima que ha venido de vacaciones. Tú vas adonde te llevan, obediente, sin ninguna expectativa de hacer más de lo que toca. Nunca deja de sorprenderte la resistencia de Rita, Amina y Nawal, siempre atentas a todo, dispuestas cuando es necesario a cocinar improvisadamente para diez, veinte o treinta, y siempre con resultados excelentes, capaces de apañarse con lo que haya, sea poco o mucho. No se les escapa nada. No se quejan nunca. No tienen ningún plan; se dejan llevar por el ritmo de la tribu. Si a media siesta se presentan los primos y hay que hacer té a toda prisa, se hace té a toda prisa; si los sobrinos tienen hambre y quieren cenar, se prepara la cena para los niños, en lugar de pretender que se espabilen con un trozo de pan y unos huevos, como tú harías en casa.

Durante los días de *duar*, tu relación con Momo es prácticamente inexistente. Os encontráis en los raros momentos de descanso en la «intimidad» de los doce o veinte que estáis en la casa: Nawal y sus hijos, Amina, Rita y sus hijos, los suegros... No sois pareja, dormís separados y, si vais de visita y hay bastante gente, lo más probable es que él coma con los hombres y tú, con las mujeres. Te cuesta reconocer que en estas estancias en el *duar* tu dependencia de las cuñadas es total. Ellas ven más allá de tu mirada torpe; conocen los malentendidos y los códigos no escritos que tú desconoces. Son para ti un apoyo esencial para no meter la pata y no sentirte tan sola en un ambiente totalmente ajeno, que te atrae y tira de ti y, a veces, te propulsa muy lejos, a un espacio mental que no puedes compartir con nadie aparte de Momo, a quien prácticamente no ves. Sin embargo, el sentimiento de soledad nunca será corpóreo: el roce con todo el mundo es constante. Estás y no estás.

Y es que las visitas al *duar* son la experiencia más cercana a la pertenencia tribal. Cada persona que saludáis tiene un vínculo de sangre con la familia. Tus hijos están maravillados de ver que todo el mundo es primo y, por muy mal ambiente que pueda haber por algún conflicto, siempre se habla de la contraparte con un respeto que denota una solidaridad profunda, ancestral, que no se puede romper por muchos motivos que se tengan. Las fórmulas de solidaridad familiar son todavía fuertes y variadas, y se construyen a lo largo de la existencia, con infinidad de gestos y actitudes, pero sin ningún discurso que las ampare. Simplemente, es así. Las personas mayores, como tus suegros, son acompañadas y cuidadas en la medida en que ellas mismas han nutrido activamente estas amplias redes de solidaridad que no afectan únicamente a los descendientes directos. La red de parentesco es extensa y, en la mayoría de los casos, infalible.